

## “Quintriqueo” (1908), cuento de Emilio Lillo Figueroa\*

**Ignacio Álvarez**

Universidad Alberto Hurtado

**Hugo Bello Maldonado**

Pontificia Universidad Católica de Chile

### I. Presentación

A continuación presentamos el cuento “Quintriqueo”, publicado en 1908 por Emilio Lillo Figueroa (1871-1908) en el número 192 de la revista *Zig-Zag*. Hermano menor del imprescindible Baldomero Lillo y también de Samuel Antonio, figura paradigmática del intelectual de la clase media chilena, Emilio Lillo es uno de los tantos cuentistas que pueblan la prensa de comienzos del siglo XX. Sus cortos años de vida, treinta y siete, no le permiten desarrollar el talento que sin duda posee a través de una carrera parecida a la de sus hermanos. Dentista de profesión, las pocas noticias que hemos podido recabar sobre él indican que no ejerció como tal sino como estadístico del Ministerio de Justicia y profesor de estadística en el Instituto Superior de Comercio (Silva Castro 5), y que murió un 6 de octubre de 1908 de bronconeumonía (Silva Castro 6; González Vera 152). Los juicios que existen sobre su escasa obra —contempla apenas siete cuentos publicados en *El Mercurio*, *Zig-Zag*, *Pluma y lápiz* y en la antología *Veladas del Ateneo*— coinciden en valorarlo como un talento trunco<sup>2</sup>.

---

\* Este trabajo se enmarca en el proyecto *Biblioteca Chilena: Cuentos completos de Baldomero Lillo*, financiado por el Fondo del Libro (N° 59343).

<sup>1</sup> Ofrecemos una bibliografía exhaustiva de las obras de Emilio Lillo al final de esta presentación.

<sup>2</sup> Hemos podido recoger cuatro de estos juicios. Eduardo Barrios (en carta a Pedro Prado, de 1919): “Como usted sabe, Emilio Lillo murió cuando iniciaba su carrera literaria, sin dejar libro. Unos cuantos cuentos, desperdigados en las revistas, es lo único que de él queda. Sin embargo, como tuvo un talento efectivo, me parece justo salvar ‘El buey muerto’ del olvido” (1). Su hermano Samuel Antonio (en *Espejo del pasado*, las memorias que publicó en 1947): “Junto a las firmas de los consagrados y de algunos jóvenes que entonces empezaban su carrera y que ahora son valores literarios reconocidos, aparece [en la antología *Veladas del Ateneo* de 1906]

“Quintriqueo” interesa fundamentalmente como documento cultural, específicamente, como testimonio de la actitud ambivalente hacia el mapuche —una actitud atemorizada y admirativa a partes iguales— que cierta fracción del estatuto letrado chileno, la más despierta, expresó a comienzos del siglo XX. El cuento relata el triste destino de una incipiente familia interracial durante el gobierno de García Hurtado de Mendoza, en 1559 o 1560, y debe leerse, a nuestro juicio, en un paradigma que incluya al menos el memorable “Quilapán” (1907) de Baldomero Lillo, las hoy olvidadas *Canciones de Arauco* (1908) de Samuel Antonio Lillo y, muy especialmente, el ensayo *Raza chilena* (1904) de Nicolás Palacios.

Palacios reivindica la fusión hispano-araucana como limpio molde de la nacionalidad. Una misma e improbable “sicología varonil o patriarcal, en la que el criterio del hombre prima en absoluto sobre el de la mujer en todas las esferas de la actividad mental” (37) sería compartida por godos y mapuches; ello explica, sin fisuras de ninguna clase, las potencias positivas del carácter chileno. Las *Canciones de Arauco* (1908), por su parte, reconocen la diferencia de lo mapuche con respecto a lo republicano, pero se permiten una representación cabal de la cultura indígena a la luz de la mitología erciana<sup>3</sup>. El mudo Quilapán, a su turno, muestra la radical otredad de una forma de vida sobre la cual se acumulan despojos y vejaciones del mismo modo en que se han acumulado los adjetivos, casi siempre errados: “¡Son tan soberbios estos perros infieles!” (317), señala un mayordomo aludiendo sin duda a la misma hebra heroica de las *Canciones*, pero el relato demuestra que lo hace desde la absoluta incompreensión.

---

la de mi hermano Emilio, el único a quien la muerte dejó apenas el tiempo para divisar desde el umbral el triunfo de los demás. Su cuento, *El buey muerto*, que Guillermo Labarca le pidió para las veladas, revela, en medio de las inexperiencias de un principiante, un amor sincero por nuestros campos y un corazón sencillo, abierto a la belleza y comprensivo de las debilidades y los dolores ajenos” (254). Raúl Silva Castro (en 1968): “Emilio Lillo mostró inclinación por las letras, y en ellas preferencia por la narración en prosa, esto es, por el cuento, hasta el punto de haber leído en el Ateneo *El buey muerto*. Este relato logró consagrada acogida en la antología de *Veladas del Ateneo* (1906). Se conoce de él además algunos otros rasgos, como el cuento *Jorge*, publicado en *Zig-Zag* (3 de mayo de 1908), pero en sustancia se quedó inédito y sin dar noticia plena de sí, dada la extrema brevedad de su vida” (6). Luis Bocaz (en 2002): “‘El buey muerto’, cuento de Emilio Lillo antologado en las *Veladas del Ateneo*, en 1906, evidencia a un buen cultivador del género. Su ritmo narrativo y su tema de marginalidad rural se relacionan de modo original con ‘Caza mayor’ de Baldomero” (668).

<sup>3</sup> *Vid.* especialmente “El último cacique”, en donde se lee: “I comprende con tristeza / que es la última cabeza / de una raza que pasó / después que con su hazañas / desde el mar a las montañas / toda la tierra llenó” (8-9).

“Quintriqueo” se enfrenta directamente con la lectura de Palacios y, en cierta medida, complementa la intuición de Baldomero Lillo. Leído como una “ficción fundacional”, al modo de Doris Sommer<sup>4</sup>, el relato alegoriza la imposibilidad epistemológica –psicológica, social, material– de pensar verdaderamente el mestizaje en las primeras décadas del siglo XX. El romance entre Rosa y Juan Zúñiga está obliterado en el relato, pues lo asedia un doble enemigo (el mapuche, el español), y su fertilidad monstruosa no logrará sobrevivir. Allí donde la inocencia teórica de Palacios eleva un edificio de papel, la imaginación de Emilio Lillo –moldeada en el propio Arauco, tierra fronteriza todavía en 1907– recusa sus posibilidades reales. Emilio Lillo se niega, en suma, a la construcción mitológica de la chilenidad.

Además de problematizar las relaciones étnicas y la constitución de un mestizaje feliz, “Quintriqueo” confirma que estas referencias emergen y se sumergen en los pliegues de la historia para volver a actuar no solo en el imaginario de la literatura, sino en el de la arena política. En tanto representaciones imaginarias, los personajes que hablan en el cuento lo hacen para evidenciar su carácter civilizado, y quienes no lo hacen, su carácter bárbaro. El intelectual subalterno encarnado en Emilio Lillo se encuentra en la paradoja de hacer del otro un subalterno respecto de sí; el mapuche al que otorga la palabra es un doble del propio escritor, puesto en una situación de marginalidad dentro del campo literario al que postula mediante su escritura.

El cuento que presentamos, entonces, puede problematizar la reflexión que actualmente, desde varios dominios disciplinarios, se está haciendo sobre la identidad nacional y el campo cultural, especialmente a partir de la exploración de sus límites.

## II. Criterios editoriales

Seguimos fielmente el texto de la revista *Zig-Zag*, incluyendo su puntuación, corregimos las erratas literales y modernizamos la ortografía. Anotamos los datos históricos mínimos que enmarcan el relato, algunas referencias geográficas que permiten situar la acción en la costa sur del Golfo de Arauco, y un chilenismo propio de las guerras de la conquista. Ofrecemos, además, una copia facsimilar.

---

<sup>4</sup> Doris Sommer utiliza el concepto de “ficción fundacional” para describir las novelas latinoamericanas del siglo XIX –*Martín Rivas* y *María*, por ejemplo– que alegorizan el proyecto de construcción nacional “por medio de amalgamas y conciliaciones entre los componentes de la nación, representados por amantes destinados a desearse mutuamente” (24, traducción nuestra); se trata de alegorías nacionales, específicamente de romances alegóricos nacionales.

### III. Obras citadas

- Barrios, Eduardo. Carta a Pedro Prado. 26 de junio de 1919. [Manuscrito inédito].
- Bocaz, Luis. “*Sub terra* de Baldomero Lillo y la gestación de una conciencia alternativa”. *Obra completa*. Baldomero Lillo. Ignacio Álvarez y Hugo Bello Maldonado (eds.). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 2005.
- Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1536-1557)*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1990.
- González Vera, José Santos. “Baldomero Lillo”. *Algunos*. Santiago: Nascimento, 1967.
- Lillo, Baldomero. “Quilapán”. *Obra completa*. Ignacio Álvarez y Hugo Bello Maldonado (eds.). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.
- Lillo, Samuel A. *Canciones de Arauco*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1908.
- Lillo, Samuel A. *Espejo del pasado. Memorias literarias*. Santiago: Nascimento, 1947.
- Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del reino de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1965.
- Medina, J. T. *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*. Santiago: Soc. Imp. y Lit. Universo, 1928.
- Palacios, Nicolás. *Raza chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Santiago: Editorial chilena, 1918.
- Silva Castro, Raúl. “Introducción biográfica”. *Obras completas*. Baldomero Lillo. Raúl Silva Castro (ed.). Santiago: Nascimento, 1968.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California, 1991.

### IV. Bibliografía de Emilio Lillo

- “El buey muerto”. *Veladas del Ateneo*. AA.VV. Santiago: Universitaria, 1906.
- “El recluta”. *El Mercurio*. 21 de septiembre de 1903: 4.
- “En alta mar”. *Pluma y lápiz* 169 (17 de abril de 1904): 11-12.
- “Jorge”. *Zig-Zag* 168 (10 de mayo de 1908): 12-3.
- “La Penitenciaría de Santiago”. *El Mercurio*. 23 de octubre de 1903: 4.
- “Nicho abierto”. *Zig-Zag* 89 (4 de noviembre 1906): 19.
- “Quintriqueo”. *Zig-Zag* 192 (25 de octubre de 1908): 17-18.

## QUINTRIQUEO

### I

Favorecido por la oscuridad de la noche, en silencio se deslizaba por la playa de Curaquilla<sup>5</sup> un grupo de jinetes. Avanzaba lentamente al paso de las cabalgaduras, con cierta indecisión, deteniéndose a veces un momento, para seguir con cautela la marcha pegándose a la costa.

De pronto el grupo se detuvo. A su frente se elevaba un cerro, cuya masa oscura se destacaba en el cielo como un inmenso muro que cortaba el camino de la playa. Algunas luces apenas perceptibles brillaban en la cumbre. Eran del fuerte Colo-Colo, nueva fortaleza española que dominaba la extensa bahía de Arauco<sup>6</sup>.

Reinaba el silencio en el fortificado recinto y sus alrededores permanecían tan callados y solitarios que no se oía el más leve rumor desde la playa.

Un alerta triste y prolongado rasgó de repente los aires allá en la altura, al que respondió otro más lejano. Los jinetes se arremolinaron un momento; pero luego quedaron allí inmóviles, como misteriosos centinelas de aquella soledad, en medio del oleaje de la marea que subía, salpicados por la espuma, rígidos y mudos.

Uno de los jinetes habló en voz baja con los demás y apartándose del grupo echó pie a tierra. Dos de sus compañeros quisieron imitarlo; pero aquel los contuvo con un movimiento de cólera y volviéndoles la espalda, con paso sigiloso se dirigió hacia el fuerte, desapareciendo luego en la oscuridad.

Un sordo murmullo partió del grupo; pero tan solo duró un segundo, quedando todo tan callado en la desierta playa que no se oía más ruido que la incesante queja del mar.

<sup>5</sup> La *playa de Curaquilla* se ubica en la costa sur del Golfo de Arauco, entre Tubul y Arauco.

<sup>6</sup> *Fuerte Colo-Colo*. El fuerte, fundado en 1552 por Pedro de Valdivia, se llamó en realidad *San Felipe de Arauco*, y es el origen de la actual ciudad de Arauco. Lillo comete un anacronismo evidente, pues mal podría llamarse “Colo Colo” un fuerte español en 1559 o 1560 (fecha en que es posible datar los hechos narrados), cuando todavía el cacique vivía y combatía al invasor. El cerro sobre el cual se erigía el fuerte, en todo caso, era conocido en tiempos de Lillo –y actualmente también– con el nombre del más anciano y sabio de los caciques mapuche.

En una casucha junto al muro interior del recinto velaba a esas horas una mujer.

Era muy joven, tendría a lo más diez y ocho a veinte años de edad, de cabellos negros y espesos, ojos grandes y regulares facciones. Todo el conjunto de su persona dejaba adivinar que por sus venas corría pura sangre araucana.

No llevaba el traje de su raza, sino que estaba vestida con un amplio camisón y una falda corta que daban mayor realce a sus formas y mayor soltura a sus movimientos.

Iba y venía en la habitación. Tan pronto avivaba el fuego del hogar en el cual hervía a todo vapor una tosca olla de barro como iba a mecer suavemente una pequeña hamaca colgada de una de las vigas del techo.

De repente se quedó suspensa, con el oído atento a un pequeño ruido que venía del exterior, un ruido tan tenue y ligero que habría sido imperceptible para cualquier oído menos ejercitado que el suyo.

Intranquila se dirigió a la ventana. Afuera reinaba una obscuridad profunda y sus ojos escudriñaron en vano las tinieblas.

El ruido que había llamado su atención se hizo más sensible. Parecía que algo se iba arrastrando por el suelo junto a la pared.

Llena de inquietud se acercó a la cuna; pero en ese momento un hombre saltó en la habitación por la ventana.

Una súbita llamarada que reanimó los tizones casi extinguidos vino a iluminar la figura de aquel extraño visitante.

La joven se quedó como petrificada.

Ante ella se alzaba un indio fuerte y musculoso, de rostro ceñudo y fiero. Blandía en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque<sup>7</sup> enrollado en la cintura.

El pelo le caía por la frente en largos cadejos por entre los cuales brillaban sus ojos como dos carbones encendidos.

—Vengo a buscarte —le dijo con voz reconcentrada—. ¡Ha sido preciso que venga a este sitio maldito a recordarte donde has nacido! Dime, si no

---

<sup>7</sup> *Laque*: “(Voz araucana). Arma formada de una bola de metal, puesta en el extremo de un palo corto, que lleva en su base una correa para afianzarla en la mano” (José Toribio Medina. *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*).

pudiste huir, ¿cómo es que vives? ¿Acaso has olvidado cuál es la sangre que corre por tus venas?

Y dando un paso hacia la joven con ademán siniestro.

—¿Qué ven mis ojos? —exclamó, al reparar en el traje que llevaba y alzando airado el brazo iba descargarlo sobre ella, cuando un lloro penetrante salió de la hamaca.

El indio lanzó un aullido y saltó frenético blandiendo su arma; pero la madre rápida como una saeta cubrió la cuna con su cuerpo.

En ese instante la puerta se abrió y un soldado apareció en el umbral.

—¡Juan! —gritó la joven y la voz se le ahogó en la garganta.

Con prodigiosa agilidad había caído el indio sobre él dándole en medio del pecho una lanzada. La lanza resbaló en la armadura y fue a romperse en astillas en la pared. El soldado bamboleó con la fuerza del golpe y antes de que el indio hiciera uso del arma que llevaba en la cintura, le dio un puñetazo en el rostro que lo hizo retroceder desatentado.

Pero el indio se repuso al instante y con la cabeza baja se lanzó contra su adversario y ambos rodaron por el suelo estrechamente abrazados.

Durante algunos segundos no se oyó en la pieza sino la respiración anhelante de los combatientes.

El soldado aunque de apariencia débil tenía un vigor extraordinario; pero el peso de la armadura le impedía utilizar todas sus fuerzas, de modo que su enemigo consiguió sujetarlo poniéndole una rodilla en el pecho y cuando ya alzaba el brazo armado con el laque, la joven se lanzó afuera dando gritos de socorro.

El indio vaciló un momento, lo que aprovechó el soldado para echarlo a rodar de una violenta sacudida.

La guarnición del fuerte alarmada con el ruido se puso sobre las armas y se oyeron en los patios toques de cornetas y carreras.

Viendo el indio perdida la partida al sentir que llegaban los soldados en tropel atraídos por los gritos de la joven, ganó de un salto la ventana, arrojando mortífera arma contra la cuna.

Erró el golpe y el arma fue a chocar tan reciamente en la puerta, que los maderos volaron en pedazos y lanzando una imprecación desapareció en la obscuridad.

En vano se le buscó por todas partes y los soldados rastrearon todos los rincones sin encontrar ninguna huella.

Los que subieron a lo alto de los muros creyeron oír por el lado del mar un rumor confuso que a intervalos traía el viento, semejante al tropel de muchos caballos que corriesen a escape por la playa.

## II

Por Rosa, la joven araucana, se supo que el atrevido asaltante de esa noche, era el cacique de Quiapo<sup>8</sup>, el astuto y valiente Quintriqueo.

Esta noticia alarmó a la guarnición. Todos creían que este jefe audaz y sanguinario había perecido en la batalla de Albarrada de Quiapo, en donde los españoles después de una porfiada y cruenta lucha aniquilaron las huestes araucanas<sup>9</sup>. Las huestes de Quintriqueo fueron presas del incendio y una de sus hijas que estuvo a punto de perecer abrasada por las llamas fue salvada por Juan Zúñiga un joven soldado vizcaíno.

Por desgracia para los españoles sus temores no eran infundados.

No habían transcurrido quince días, cuando los araucanos al mando del cacique de Quiapo cayeron de improviso sobre el fuerte.

Tan repetidos y vigorosos fueron los asaltos que los soldados españoles a pesar de su valor no pudieron sostenerse y por fin se vieron obligados a abandonar la plaza con tan mala fortuna, que solo unos pocos lograron ponerse en salvo en la orilla derecha del Carampangue.

Juan Zúñiga, aunque lleno de heridas se defendía de un grupo de araucanos. Apoyando sus espaldas en la barraca del río hacía esfuerzos desesperados para proteger a su mujer y a su pequeño que no lo habían abandonado en el

---

<sup>8</sup> *Quiapo*. Sector ubicado aproximadamente a 25 kilómetros al sur de Arauco, en la costa del Pacífico. Según los Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera, se trataba de un lugar pantanoso y de difícil acceso.

<sup>9</sup> *Batalla de Albarrada de Quiapo*. Los días 13 y 14 de diciembre de 1558, después de la muerte de Caupolicán, ocurrió en Quiapo un cruel enfrentamiento entre españoles y mapuches. Los indígenas habían erigido una trinchera empalizada —la *albarrada*—, y García Hurtado de Mendoza le puso sitio, con riesgo incluso de su vida. El hecho es mencionado por Ercilla (*Araucana* XXXVI, 36) y Góngora Marmolejo (capítulo XXX). Mariño de Lobera da cuenta detallada de él, pero no menciona entre los combatientes a ningún cacique Quintriqueo ni a ningún soldado Juan Zúñiga (capítulo XL).

combate y cuando iban a ser bárbaramente ultimados por los indios se interpuso Quintriqueo derribando con su maza a aquellos que quisieron resistirle.

Los araucanos continuaron la persecución de los españoles hasta el otro lado del río; pero la idea del botín los hizo volver de nuevo sobre el campo.

De orden del cacique amarraron a los prisioneros con salvaje crueldad y lo[s] obligaron a marchar entre la turba de guerreros que los empujaban y golpeaban sin piedad.

A Juan Zúñiga le habían arrancado en pedazos la armadura y sus heridas abiertas iban dejando tras de sí un reguero sangriento.

El niño atado a la espalda de la madre lloraba sin cesar, sin que ella en su desesperación pudiese siquiera librarlo de los tormentos del sol que despedía llamaradas en las tierras polvorientas que atravesaban.

Esta marcha espantosa a través de los campos, subiendo y bajando cerros talados por el incendio vino a terminar solo a entradas de la noche cerca del Tubul, a orillas del mar, en una extensa explanada<sup>10</sup>.

Los indios se detuvieron en aquel sitio y formaron un gran semicírculo en medio del cual dejaron a los prisioneros.

La explanada terminaba por el lado del mar en un risco de cerca de cien metros de altura en el fondo del cual rugían las olas del golfo.

Quintriqueo atravesó las apretadas filas de guerreros y avanzó lentamente, irguiendo su gigantesca talla y se detuvo bajo un árbol solitario en medio de la loma. Llevaba en una mano la lanza y en la otra la espada del soldado, la que arrojó al suelo con desprecio.

Y con voz clara y vibrante empezó una arenga fogosa y enérgica. Explicó a los guerreros que lo escuchaban en silencio los motivos que tuvo para impedir la muerte de los prisioneros en el campo de batalla y concluyó asegurándoles que el castigo que les aguardaba sería tan terrible como su crimen.

Los indios prorrumpieron en ruidosas aclamaciones, golpeando el suelo con los pies y con las astas de sus lanzas.

Luego varias hogueras iluminaron el campamento como el día y el

---

<sup>10</sup>. *Tubul*, caleta ubicada al oeste del Fuerte, siguiendo el borde sur del Golfo de Arauco.

cacique acercándose al soldado le dijo, mientras lo golpeaba con el pie.

—El incendio de mis tierras, el sacrificio de mis gentes, mis heridas ¿qué son al lado de las ofensas que me hiciste? Pronto verán mis mocetones si tus carnes son tan duras como el filo de tu espada y si tu corazón es tan grande como tu audacia.

Y volviéndose a su hija, a quien habían quitado ya las ligaduras; pero que dos robustos indios sujetaban de los brazos arrastrándola hacia él, prosiguió airado:

—Y tú, infame, dos veces traidora, que has renegado de tu sangre y has hecho escarnio de la fe de tus mayores, tiembla, que la venganza de Quintriqueo caerá implacable sobre ti. Vuélvete y mira si la punta de mi lanza resbala ahora en la piel de esta alimaña —y el cacique dio a Zúñiga un maligno golpe.

El soldado lanzó un gemido y quedó inmóvil como muerto.

Y dirigiéndose nuevamente a Rosa que forcejeaba por acercarse a su hijo que lanzaba solo un vagido débil y ronco tendido a los pies del cacique, le dijo:

—Ves ese cachorro, ese maldito engendro, testigo viviente de tu crimen y de la vergüenza de esta tierra. Mira como hago yo justicia y vengo las ofensas a mi raza —y al decir estas palabras cogió violentamente al niño por los pies y le estrelló la cabeza contra el árbol y volteando con rapidez el brazo arrojó la criatura lejos de sí, exclamando:

—¡Anda, que tu contacto mancha la tierra araucana!

El cuerpo del niño describió una gran curva en el aire y con las piernas y los bracitos abiertos desapareció en la cortadura.

Una sorda exclamación resonó en la concurrencia; pero luego estallaron grandes gritos de júbilo.

Rosa cuando vio que el cacique se apoderaba del niño, lanzó un grito tan terrible y tan salvaje que repercutió largo rato en las quebradas vecinas. Su cuerpo daba violentas sacudidas haciendo bambolear a los que la sujetaban y en su impotencia por desasirse, rugía como una leona herida. Su dolor de madre exacerbado hasta el paroxismo centuplicó sus fuerzas y de un espantoso sacudón derribó a los dos guerreros e irguiéndose frenética, las muñecas chorreando sangre, y antes de que nadie tratase de impedirlo, le arrebató a un mocetón la lanza y echándose hacia atrás, con la velocidad del rayo le asestó al cacique tan feroz lanzada que lo dejó clavado en el tronco del árbol.

Fue tan recio el golpe que la lanza se rompió y uno de sus pedazos quedó vibrando en el pecho de Quintriqueo el cual inclinó la cabeza sin lanzar un grito; mientras la sangre le salía a borbotones por la boca. Después el indio cayó de bruces haciendo estremecer la loma con el peso de su cuerpo.

Un silencio de muerte reinó en la asamblea y Rosa giró varias veces sobre sí misma, con los ojos extremadamente abiertos, los brazos en alto, como si quisiese coger algo que cayese en el aire y después lanzando un grito agudo emprendió una veloz carrera a través de la explanada.

Los indios retrocedieron ante ella y le abrieron paso con cierto temor supersticioso.

El soldado había vuelto en sí en ese momento y alcanzó a darse cuenta de la escena.

La lanza había roto la cuerda que sujetaba uno de sus brazos, haciéndole solo una herida pequeña; pero sangrienta.

En medio de la confusión se arrastró penosamente hasta el pie del árbol y con un movimiento convulsivo cogió su acero. Las ligaduras desaparecían en sus músculos hinchados; pero sin vacilar hundió rabiosamente en las carnes la punta de la espada. Saltaron las cuerdas; pero habían dejado huellas tan sangrientas en sus miembros, que al querer incorporarse rodó por el suelo rugiendo de dolor. Dos o tres veces cayó para volver a levantarse, hasta que al fin pudo sostenerse y antes de que los indios se volviesen contra él ya Juan Zúñiga caía sobre ellos como un rayo. De cada golpe derribaba un enemigo con el cráneo hendido o con el pecho abierto de una estocada. Rojo de sangre, las pupilas centelleantes de coraje, parecía el ángel exterminador cuyo flamígero acero hería sin cesar sembrando la muerte en torno suyo.

Pero los araucanos repuestos de la sorpresa que les causara la muerte de su jefe y el ataque repentino del soldado, cargaron sobre él impetuosamente, y luego Juan Zúñiga cayó exánime, el pecho atravesado por veinte lanzas y en medio de una infernal gritería fue su cuerpo pisoteado y arrastrado por el campo. Y del heroico soldado no quedó más que una masa informe, llena de polvo y sangre, que los canes hambrientos se disputaron con furiosas dentelladas; mientras que los indios a la luz de las hogueras rodeaban el cadáver del cacique lanzando gritos de rabia y de dolor.

La luna apareció tras de los cerros de Conumo<sup>11</sup> y a la serena irradiación del astro, palidieron las hogueras y las aguas del golfo despidieron reflejos plateados. De vez en cuando se elevaba de la explanada un gran vocerío, al que respondía en los montes un lamento lejano que vibraba en las quebradas con un eco sutil y misterioso. Los perros del campamento al escuchar aquella queja se alzaban inquietos, con el pelaje erizado y mirando al cielo le hacían coro con lastimeros aullidos<sup>12</sup>.

---

<sup>11.</sup> *Cerros de Conumo*, ubicados al sur de la ciudad de Arauco, varios kilómetros al este de Tubul.

<sup>12.</sup> Firmado: “Emilio Lillo Figueroa. Santiago, Junio de 1908”.



# QUINTRIQUEO

**F**AVORECIDO por la obscuridad de la noche, en silencio se deslizaba por la playa de Carapilla un grupo de jinetes. Avanzaba lentamente al paso de las calabaceras, con cierta indecisión, deteniéndose á veces un momento, para seguir con cautela la marcha pegándose á la costa.

De pronto el grupo se detuvo. A su frente se elevaba un cerro, cuya masa oscura se destacaba en el cielo como un inmenso muro que cortaba el camino de la playa. Algunas luces apenas perceptibles brillaban en la cumbre. Era el fuerte Colo-Colo, nueva fortaleza española que dominaba la extensa bahía de Araneo. Reinaba el silencio en el fortificado recinto y sus alrededores permanecían tan callados y solitarios que no se oía el más leve rumor desde la playa.

Un alerta triste y prolongado rasgó de repente los aires allá en la altura, al que respondió otro más lejano. Los jinetes se arremolinaron un momento; pero luego quedaron allí inmóviles, como misteriosos confines de aquella soledad, en medio del oleaje de la marea que subía, salpicados por la espuma, ríjidos y mudos.

Uno de los jinetes habló en voz baja con los demás y apartándose del grupo echó pie á tierra. Dos de sus compañeros quisieron imitarlo; pero aquel los contuvo con un movimiento de cadera y volviéndoles la espalda, con paso sigiloso se dirigió hacia el fuerte, desapareciendo luego en la obscuridad.

Un sordo murmullo partió del grupo; pero tan solo duró un segundo, quedando todo tan callado en la desierta playa que no se oía más ruido que la incansante queja del mar.

En una casucha junto al muro interior del recinto velaba á esas horas una mujer.

Era muy joven, tendría á lo más diez y ocho á veinte años de edad, de cabellos negros y espesos, ojos grandes y regulares facciones. Todo el conjunto de su persona dejaba adivinar que por sus venas corría pura sangre araucana.

No llevaba el traje de su raza, sino que estaba vestida con un amplio empuñón y una falda corta que daban mayor realce á sus formas y mayor soltura á sus movimientos.

Iba y venía en la habitación. Tan pronto avivaba el fuego del hogar en el cual hervía á todo vapor una tacea olla de barro como iba á mecer suavemente una pesquera hamaca colgada de una de las vigas del techo.

De repente se quedó suspensa, con el oído atento á un pequeño ruido que venía del exterior, un ruido tan tenue y ligero que habría sido imperceptible para cualquier oído menos ejercitado que el suyo.

Intraspalida se dirigió á la ventana. Afuera reinaba una obscuridad profunda y sus ojos esnebraron en vano las tinieblas.

El ruido que había llamado su atención se hizo más sensible. Parecía que algo se iba arrastrando por el suelo junto á la pared.

Llena de inquietud se acercó á la cuna; pero en ese momento un hombre salió en la habitación por la ventana.

Una súbita llamarada que reanimó los fisonomías casi extinguidas como á iluminar la figura de aquel extraño visitante.

La joven se quedó como petrificada.

Ante ella se alzaba un indio fuerte y musculoso, de rostro cejudo y fiero. Blandía en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque enrollado en la cintura.

El pelo le caía por la frente en largos cadejos por entre los cuales brillaban sus ojos como dos carbones encendidos.

—Vengo á buscarte—le dijo con voz reconcentrada.—Ha sido preciso que venga á este sitio maldito á recordarte donde has nacido! Dime, si no pudiste huir, ¿cómo es que vives? ¿Acaso has olvidado cuál es la sangre que corre por tus venas?

Y dando un paso hacia la joven con ademán siniestro.—¿Que ven mis ojos!—exclamó, al reparar en el traje que llevaba y

alzando airado el brazo iba á descargarlo sobre ella, cuando un lloro penetrante salió de la hamaca.

El indio lanzó un aullido y saltó frenético blandiendo su arma; pero la madre rápida como una saeta echó la cuna con su cuerpo. En ese instante la puerta se abrió y un soldado apareció en el umbral.

—¡Juan!—gritó la joven y la voz se le ahogó en la garganta.

Con prodigiosa agilidad había caído el indio sobre él dándole en medio del pecho una lanzada. La lanza resbaló en la armadura y fué á romperse en astillas en la pared. El soldado bamboleó con la fuerza del golpe y antes de que el indio hiciera uso del arma que llevaba en la cintura, le dió un puñetazo en el rostro que lo hizo retroceder desatentado.

Pero el indio se repuso al instante y con la cabeza baja se lanzó sobre su adversario y ambos rodaron por el suelo estrechamente abrazados.

Durante algunos segundos no se oyó en la pieza sino la respiración anhelante de los combatientes.

El soldado aunque de apariencia débil tenía un vigor extraordinario; pero el peso de la armadura le impedía utilizar todas sus fuerzas, de modo que su enemigo consiguió sujetarlo poniéndole una rodilla en el pecho y cuando ya alzaba el brazo armado con el laque, la joven se lanzó afuera dando gritos de socorro.

El indio vaciló un momento, lo que aprovechó el soldado para echarlo á rodar de una violenta sacudida.

La guardia del fuerte alarmada con el ruido se puso sobre las armas y se oyeron en los patios toques de cornetas y carrares.

Viendo el indio perdida la partida al sentir que llegaban los soldados en tropel atraídos por los gritos de la joven, ganó de un salto la ventana, arrojando mortífera arma contra la cuna.

Erró el golpe y el arma fué á chocar tan recientemente en la puerta, que los maderos volaron en pedazos y lanzando una imprecación desapareció en la obscuridad.

En vano se le buscó por todas partes y los soldados rastrearon todos los rincones sin encontrar ninguna huella.

Los que subieron hasta lo alto de los muros oyeron oír por el lado del mar un rumor confuso que á intervalos traía el viento, semejante al tropel de muchos caballos que corriesen á escape por la playa.

## II

Por Rosa, la joven araucana, se supo que el atrevido asaltante de esa noche, era el cacique de Quinipo, el astuto y valiente Quintriqueo.

Esta noticia alarmó á la guarnición. Todos creían que este jefe audaz y sanguinario había perecido en la batalla de la Alharrada de Quinipo, en donde los españoles después de una porfía y cruenta lucha aniquilaron las huestes araucanas. Las tierras de Quintriqueo fueron presas del incendio y una de sus hijas que estuvo á punto de perecer abrasada por las llamas fué salvada por Juan Zúñiga un joven soldado vizcaíno.

Por desgracia para los españoles sus temores no eran infundados. No habían transcurrido quince días, cuando los araucanos al mando del cacique de Quinipo ejecutaron de improviso sobre el fuerte.

Tan repetidos y vigorosos fueron los asaltos que los soldados españoles á pesar de su valor no pudieron sostenerse y por fin, se vieron obligados á abandonar la plaza con tan mala fortuna, que solo unos pocos lograron ponerse en salvo en la orilla derecha del Carampangue.

Juan Zúñiga, aunque lleno de heridas se defendía de un grupo de araucanos. Apoyando sus espaldas en la barraca del río hacia esfuerzos desesperados para proteger á su mujer y á su pequeño que no le habían abandonado en el combate y cuando iban á ser barbaramente ultimados por los indios se interpuso Quintriqueo derribando con su maza á aquellos que quisieron resistirle.

Los araucanos continuaron la persecución de los españoles hasta el otro lado del río; pero la idea del botín los hizo volver de nuevo sobre el campo.

De orden del cacique amarraron á los prisioneros con salvaje crueldad y lo obligaron á marchar entre la turba de guerreros que los empujaban y golpeaban sin piedad.

Dig. Bog. 192 Dpto. 25 octubre 1908 p. 17-18

## QUINTRIQUEO

A Juan Zúñiga le habían arrancado en pedazos la armadura y sus heridas abiertas iban dejando atrás de sí un reguero sangriento.

El niño atado á la espalda de la madre lloraba sin cesar, sin que ella en su desesperación pudiese siquiera librarlo de los tormentos del sol que despedía llamaradas en las tierras polvorientas que atravesaban.

Esta marcha espantosa á través de los campos, subiendo y bajando cerros talados por el incendio vino á terminar solo á entradas de la noche cerca del Tubul, á orillas del mar, en una extensa explanada.

Los indios se detuvieron en aquel sitio y formaron un gran semicírculo en medio del cual dejaron á los prisioneros.

La explanada terminaba por el lado del mar en un riseo de cerca de cien metros de altura en el fondo del cual rugían las olas del golfo.

Quintriqueo atravesó las apretadas filas de guerreros y avanzó lentamente, irguiendo su gigantesca talla y se detuvo bajo un árbol solitario en medio de la loma. Llevaba en una mano la lanza y en la otra la espada del soldado, la que arrojó al suelo con desprecio.

Y con voz clara y vibrante empezó una arenga fogosa y enérgica. Explió á los guerreros que lo escuchaban en silencio los motivos que tuvo para impedir la muerte de los prisioneros en el campo de batalla y concluyó asegurándoles que el castigo que les aguardaba sería tan terrible como su crimen.

Los indios prorrumperon en ruidosas aclamaciones, golpeando el suelo con los pies y con las astas de sus lanzas.

Luego varias hogueras iluminaron el campamento como el día y el caique acercándose al soldado le dijo, mientras lo golpeaba con el pie.

—El incendio de mis tierras, el sacrificio de mis gentes, mis heridas ¿qué son al lado de las ofensas que me hiciste? Pronto verán mis mocetones si tus carnes son tan duras como el filo de tu espada y si tu corazón es tan grande como tu audacia.

Y volviéndose á su hija, á quien habían quitado ya las ligaduras; pero que dos robustos indios sujeta-

ban de los brazos arrastrándola hacia él, prosiguió airado: —Y tú, infame, dos veces traidora, que has renegado de tu sangre y has hecho esarmino de la fé de tus mayores, tiembla, que la venganza de Quintriqueo caerá implacable sobre tí. Vuélvete y mira si la punta de mi lanza resbala ahora en la piel de esta almofaña, y el caique dió á Zúñiga un maligno golpe.

El soldado lanzó un gemido y quedó inmóvil como muerto.

Y dirigiéndose nuevamente á Rosa que forcejeaba por acercarse á su hijo que lanzaba solo un vajido débil y roneo tendido á los pies del caique, le dijo:

—¡Ves ese cachorro, ese maldito enjendro, testigo viviente de tu crimen y de la vergüenza de esta tierra. Mira cómo hago yo justicia y vengo las ofensas á mi raza,—y al decir estas palabras cogió violentamente al niño por los pies y le estrelló la cabeza contra el árbol y volteando con rapidez el brazo arrojó la criatura lejos de sí, exclamando:

—¡Anda, que tu contacto mancha la tierra araucana!

El cuerpo del niño describió una gran curva en el aire y con las piernas y los brazos abiertos desapareció en la cortadura.

Una sorda exclamación resonó en la concurrencia; pero luego estallaron grandes gritos de júbilo.

Rosa cuando vió que el caique se apoderaba del niño, lanzó un grito tan terrible y tan salvaje que repercutió largo rato en las

quebradas vecinas. Su cuerpo daba violentas sacudidas haciendo bambolear á los que la sujetaban y en su impotencia por desahucarse, rugía como una leona herida. Su dolor de madre exacerbado hasta el paroxismo multiplicó sus fuerzas y de un espantoso sacudón derribó á los dos guerreros é irguiéndose frenética, las muñecas chorreando sangre, y antes de que nadie tratase de impedirlo, le arrebató á un moceño la lanza y echándose hacia atrás, con la velocidad del rayo le asió á la caique tan feroz lanzada que lo dejó clavado en el tronco del árbol.

Fué tan recio el golpe que la lanza se rompió y uno de sus pedazos quedó vibrando en el pecho de Quintriqueo el cual inclinó la cabeza sin lanzar un grito; mientras la sangre le salía á borbotones por la boca. Después el indio cayó de bruces haciendo estremer la loma con el peso de su cuerpo.

Un silencio de muerte reinó en la asamblea y Rosa giró varias veces sobre sí misma, con los ojos extremadamente abiertos, los brazos en alto, como si quisiese coger algo que cayese en el aire y después lanzando un grito agudo emprendió una veloz carrera á través de la explanada.

Los indios retrocedieron ante ella y le abrieron paso con cierto temor supersticioso.

El soldado había vuelto en sí en ese momento y alcanzó á darse cuenta de la escena.

La lanza había roto la cuerda que sujetaba uno de sus brazos, haciéndole sólo una herida pemeña; pero sangrienta.

En medio de la confusión se arrastró penosamente hasta el pie del árbol y con un movimiento convulsivo cogió su acero. Las ligaduras desaparecieron en sus músculos hinchados; pero sin vacilar hundió rabiamente en las carnes de la punta de la espada. Saltaron las uerdas; pero habían dejado huellas tan sangrientas en sus miembros, que al querer incorporarse rodó por el suelo rugiendo de dolor. Dos ó tres veces cayó para volver á levantarse, hasta que al fin pudo sostenerse y ántes de que los indios se volvieresen contra él ya Juan Zúñiga caía sobre ellos como un rayo. De

cada golpe derribaba un enemigo con el érneo hendido ó con el pecho abierto de una estocada. Rojo de sangre, las pupilas centelleantes de coraje, parecía el ángel exterminador cuyo flamígero acero hería sin cesar sembrando la muerte en torno suyo.

Pero los araucanos repuestos de la sorpresa que les causara la muerte de su jefe y el ataque repentino del soldado, cargaron sobre él impetuosamente, y luego Juan Zúñiga cayó exánime, el pecho atravesado por veinte lanzas y en medio de una infernal gritería fué su cuerpo pisoteado y arrastrado por el campo. Y del héroe soldado no quedó más que una masa informe, llena de polvo y sangre, que los canes hambrientos se disputaron con furiosas dentelladas; mientras que los indios á la luz de las hogueras rodaban el cadáver del caique lanzando gritos de rabia y de dolor.

La luna apareció tras de los cerros de Contumo y á la serena irradiación del caique lanzando gritos de rabia y de dolor. La luna apareció tras de los cerros de Contumo y á la serena irradiación del astro, palidieron las hogueras y las aguas del golfo despidieron reflejos plateados. De vez en cuando se elevaba de la explanada un gran vocerío, al que respondía en los montes un lamento lejano que vibraba en las quebradas con un eco sutil y misterioso. Los perros del campamento al esnechar aquella queja se alzaban inquietos, con el pelaje erizado y mirando al cielo le hacían coro con lastimeros aullidos.

Santiago, Junio de 1908.

EMILIO LILLO FIGUEROA

